UNA MANO AYUDADORA — PRIMERA PARTE

Slava le ofreció ayuda a una vecina, encontró una nueva amiga, y le habló del Señor.

DATOS DE INTERÉS

☛ Los niños pueden ser misioneros de muchas maneras. Slava hizo amistad con la única persona que encontró, una mujer mayor. Mientras le ayudaba a acarrear ladrillos, le pudo hablar acerca de Dios.

☛ Podemos amistarnos con otros para enseñarles quién es Jesús de muchas otras formas. Podemos recoger la basura de algún vecino, que haya sido arrastrada por el viento. Tal vez podríamos jugar con la mascota de algún anciano. Jesús se pone feliz de que compartamos el amor de Dios con nuestras nuevas amistades.

Slava se sentía muy solo. Él, junto con su familia, recién se habían mudado a esa ciudad, y aun no había hecho amistades. La mayor parte de los niños ya estaban en el colegio, pero Slava era demasiado joven para entrar a clases.

Slava se quedaba en el portón de su casa observando a la gente pasar. Él deseaba tener a alguien con quien jugar, pero no veía a nadie que quisiera tener un amigo.

Una nueva amistad

Le llamó la atención un ruido que rechinaba y parecía arrastrarse por la calle.

«¿Qué es ese ruido?» se preguntó.

De pronto la vio. Era una carretilla con llanta de acero empujada por una viejita arrugada, con pelo esponjado y canoso.

Slava abrió el portón y corrió hacia donde estaba la señora.

—¿Para dónde vas, y por qué llevas esta carretilla? —le preguntó—. La mujer dejó de empujar la carretilla y le sonrió al niño.

—Voy por unos ladrillos para llevarlos a mi casa —dijo la viejita.

—¿Le puedo ayudar? —le preguntó Slava, con los ojos llenos de entusiasmo por la idea de tener un poco de aventura. Antes que la mujer

le pudiera contestar, el niño ya estaba al lado de ella y agarrado de la carretilla.

Cuando llegaron al montón de ladrillos cerca de su casa, la señora empezó a colocarlos dentro de la carretilla. Slava metió un ladrillo con mucho cuidado de no maltratarlo. Mientras los dos recogían ladrillos la mujer le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Yo soy Slava —dijo el niño sin detenerse—, ¿y usted cómo se llama?

Babushka Masha

—Me puedes llamar Babushka Masha —le contestó—; ¿este trabajo no se te hace demasiado difícil?

—No —le contestó Slava—, yo soy fuerte.

—¿Quién te enseñó a trabajar tan bien? —le preguntó Babushka Masha, mientras metía otro ladrillo junto al de Slava.

—Mis padres me enseñaron —le dijo el niño—, mi mamá lee historias de la Biblia. Jesús quiere que ayudemos a los demás.

—Yo asisto a la iglesia —respondió la señora—; pero nunca te había visto.

—Yo voy todos los sábados, pero somos nuevos aquí. Tal vez por eso no me habías visto.

—¿Sábado? —preguntó la mujer—, ¿quién asiste a la iglesia en sábado?

—La Biblia dice que todos deberíamos adorar en sábado —dijo Slava.

La carretilla ya estaba llena y el niño le ayudó a Babushka a empujarla de regreso a su casa. Mientras organizaban los ladrillos en el patio de la señora, Slava le fue contando más acerca de su iglesia. Después los dos fueron por más ladrillos.

—¿Usted lee su Biblia? —le preguntó Slava a su nueva amiga.

—No, yo no tengo una Biblia —Babushka le respondió.

Slava quedó sorprendido de que su amiga no tuviera Biblia. Al regresar a la casa de la mujer, Slava se detuvo en el portón de su propia casa.

—Espero que pueda llevar la carretilla el resto del camino —le dijo el niño—, yo tengo que buscar algo. ¡En seguida vuelvo!

Slava entró corriendo a su casa.

Queridos niños, ¿qué piensan que llenó tanto a Slava de emoción? Esto lo sabremos la semana que viene.